

# El centenario de Rojas Garrido

(De *El Tiempo*, Bogotá).

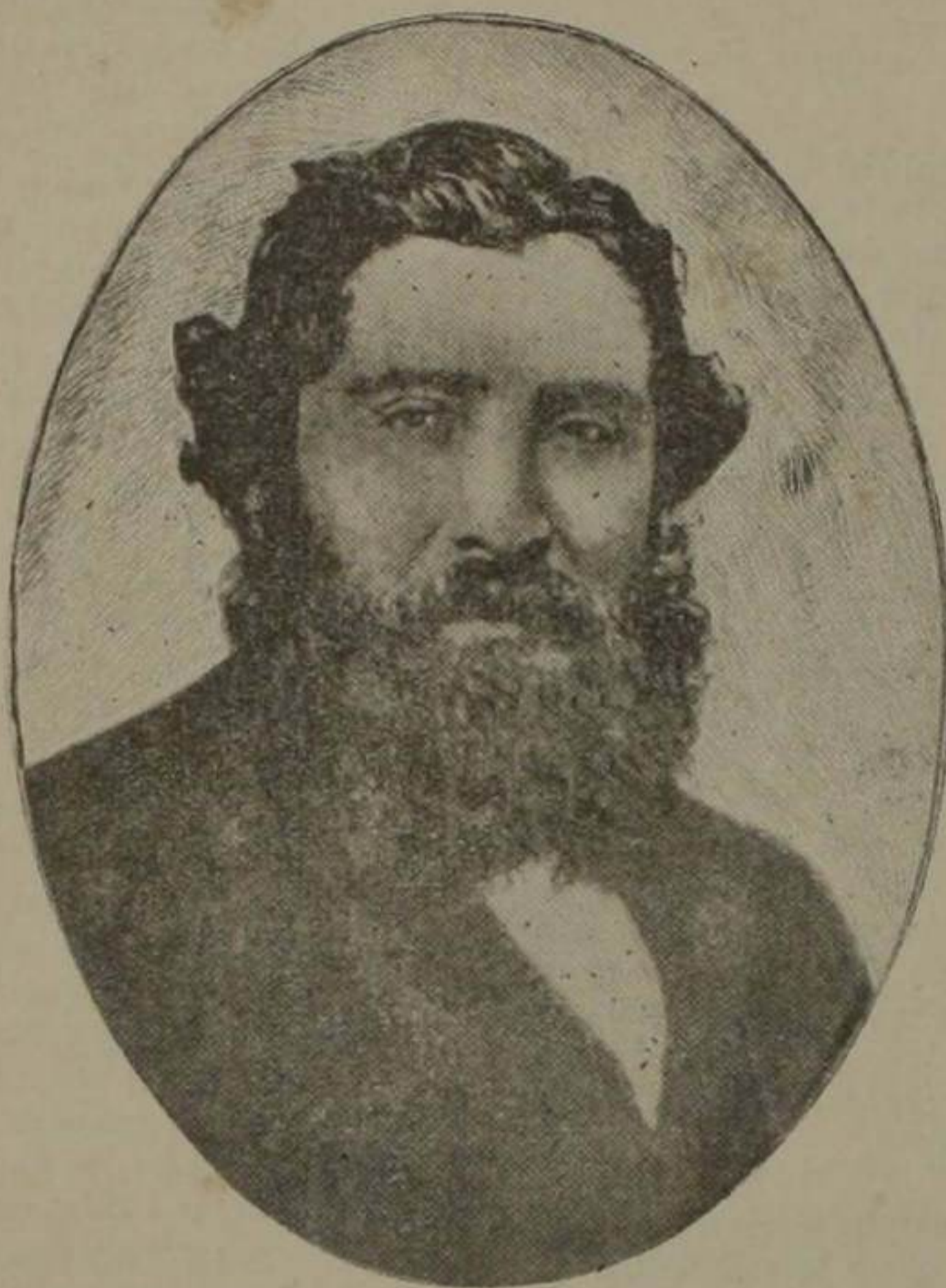
HACE hoy <sup>(1)</sup> cien años vió la primera luz en Agrado, Departamento del Huila, el doctor José María Rojas Garrido. La República conmemora hoy, pues, el primer centenario de una de sus glorias más altas; de uno de los varones representativos de una época, la más fecunda y la más noble; aquella en que surgió una verdadera pléyade de hombres ilustres que se fueron sin dejar sucesores, como si con ellos se hubiera agotado el esfuerzo creador de nuestra patria. Y entre esa falange de estadistas, oradores, literatos, filósofos y guerreros, que hubieran hecho la grandeza de cualquier país, Rojas Garrido se destacaba en primera línea. Poseyó él todos los atributos del Genio y dejó una estela luminosa y una impresión profunda, no sólo en su generación sino en las sucesivas, que sin haberlo conocido, sin haber experimentado la emoción intensísima de su mágica palabra, sienten aún todo el influjo de su enorme prestigio.

Desde que se inició en la vida pública, muy joven, apenas cruzado el umbral de los veinte años, Rojas Garrido fué un vencedor. Nada resistía en los debates parlamentarios, en los torneos oratorios de la tribuna pública, de la prensa o de la cátedra a su elocuencia formidable, a la lógica implacable de su argumentación, al calor sincero de sus convicciones. Los más avezados enemigos, que se le oponían en columna cerrada, eran siempre batidos por el joven luchador, que supo clavar en las trincheras del adversario el pendón de todas nuestras libertades. El conquistó para la República la libertad absoluta de la prensa y de la palabra; él libró combates definitivos contra la pena de muerte; y a sus doctrinas, a su constante batallar se debe sin duda el que en Colombia hayan arraigado de manera definitiva las libertades y las garantías de que hoy gozamos, y contra las cuales nada podrán los embates, cada vez más débiles, de la reacción.

De él decía Juan de Dios Uribe las siguientes justísimas palabras:

«Id por dondequiera en estos cuarenta años al encuentro de una idea, y allí hallaréis al grande hombre, asociado, como trabajador múltiple, a la elaboración del pensamiento. Como de lo alto de una montaña, se le ve dominar, sin que pierda nunca su grandeza, ni aun en los infortunios amargos con que la decepción quebranta el genio. Fué un inmenso caudal de magníficas orillas, porque, joven, apareció ya grande, y como grande avanzó el pie intrépido en las sombras de la noche eterna».

En esta hora, en que parecen haber hecho crisis



José María Rojas Garrido

los ideales, en estos tiempos secos y prosaicos, en que las doctrinas se esfuman, en que el espíritu de sacrificio y de abnegación ha sido reemplazado por un desenfrenado arriivismo; en que la mediocridad ha hecho su imperio, el homenaje a Rojas Garrido es oportuno y es simbólico. Es una invocación, que puede ser fecunda, al pasado de glorias y de triunfos y de esperanzas.

Más de cuarenta años han pasado desde la muerte de Rojas Garrido. Se fué él cuando el régimen liberal agonizaba, y caían sus doctrinas al golpe de la reacción; se han sucedido los hombres y los acontecimientos; el olvido ha cubierto muchas falsas glorias y ha condenado a muchos falsos profetas. La figura de Rojas Garrido, en cambio, brilla cada día con más fulgor. Verdadero mago de la palabra, cuyo cuerpo era, según frase de uno de sus adversarios, una caja de violín; filósofo de vastísimas concepciones, jurista eminentísimo y gran patriota, que dedicó todas las horas de su existencia al ser-

vicio de la República y del liberalismo, Rojas Garrido pertenece a la inmortalidad.

Para completar este modesto tributo que rendimos hoy a la memoria del grande hombre, nada más oportuno que los siguientes apartes de un magistral estudio del doctor Antonio José Restrepo:

«Rojas Garrido llena con su nombre sonoro los ámbitos de la República. Orador cual no ha tenido otro ninguno la fecunda Colombia, magistrado integérrimo, profesor incansable de las buenas ideas, periodista de combate y propaganda, legislador signatario de las mejores conquistas de nuestro Derecho público, cualquier guiñapo de su obra luminosa bastaría para la gloria de todos los pigmeos que han escupido latinajos y monsergas sobre su tumba silenciosa. Como suelen vesperales arboles posar sobre nuestras rugosas montañas su corona de vívidos colores, así plugo a la divina Poesía coronar aquella cabeza—donde hervía el pensamiento como lava y rebramaba el huracán de la elocuencia en ondas comprimidas de razones—coronar aquella cabeza que no encaneció antes de inclinarse apenas para entrar en la bóveda, con los nimbos y resplandores de la Rima, el número, el Acento y la Cadencia, como si la divina hija de Apolo hubiese querido darnos, a los sobrevivientes de aquel Maestro, único en el decir y el conmover y convencer, un trasunto lejano, reconocible empero, de lo que fué la majestad del Castellano en boca de Rojas Garrido. Majestad y dulzura de la lengua materna que no volvieron a escucharse más, y que tal vez se perciben, como tenues vibraciones de un órgano tocado por el ángel de la patria, si en la callada noche y con atento oído, detenemos el paso bajo los sauces y cipreses del Parque de los Mártires, donde tremola el pabellón

(Pasa a la página 107).

(1) Sábado, 6 de setiembre de 1924.